

Geografía de la Percepción: la perspectiva psicológica en los estudios geográficos

M^a Paz GALINDO GALINDO*
M^a Angeles ARIAS VELARDE**
Universidad de Sevilla

El objetivo de este trabajo es el de ofertar una aproximación general a la génesis y desarrollo de una joven orientación geográfica que, desarrollada bajo el descriptor general de *geografía de la percepción y del comportamiento*, ha posibilitado la creación de un espacio común, bisagra entre dos disciplinas: la psicología y la geografía. Dentro de dicha orientación se señalan los principales elementos que los investigadores han incorporado de diferentes ámbitos psicológicos y se identifican las líneas de investigación más cimentadas así como sus temáticas específicas de estudio.

La geografía constituye una de nuestras más antiguas disciplinas y, sin embargo -o quizá por ello-, la producción científica de los geógrafos actuales constituye, a nuestro juicio, una labor poco conocida incluso por profesionales que, como los psicólogos, trabajan en áreas de investigación en las que se utilizan tópicos y técnicas de estudio incorporadas, en los últimos años, por la ciencia geográfica.

Como comentaba hace pocos años uno de los autores más destacados en el ámbito geográfico de nuestro país, al geógrafo se le considera, generalmente, como un archivo de datos o como la persona preparada exclusivamente para la elaboración y empleo de mapas, guías de viaje, exploraciones etc. (Estébanez, 1982). Esta visión se encuentra, sin embargo, muy alejada de la realidad actual de los estudios geográficos. De esta manera, si bien es cierto que durante mucho tiempo la geografía tuvo como objetivo esencial la mera descripción física de los lugares, atendiendo con ello a los fuertes imperativos socio-políticos que la impulsaron durante los siglos XV al XIX, a medida que se fue avanzando en el conocimiento de la localización y características físicas de aquellos, los geógrafos comenzaron a interesarse por nuevos aspectos y problemáticas derivadas de dichos espacios.

La línea tradicional de la ciencia geográfica había consistido en investigar el medio físico (ambiente geográfico) considerándolo como *algo real, ajeno a la mente de los hombres y objetivamente por ellos* (Capel y Urteaga, 1982 p. 44). La investigación geográfica más reciente vino a matizar considerablemente este supuesto poniendo de manifiesto que cada persona percibe, a través de sus preocupaciones y su experiencia, un medio que le es propio. De esta manera, a partir de los años cincuenta, se fue desarrollando, impulsada por las nuevas perspectivas abiertas en el marco epistemológico de la filosofía de la ciencia en

estas fechas, una nueva geografía de corte psicopsicológico (Chaval, 1972) que incorporó como principal objeto de estudio, el abordaje de un nuevo espacio geográfico, *el espacio subjetivo*, y que planteó, respecto a uno de los tópicos tradicionales de estudio de la ciencia geográfica, un axioma fundamental que supuso un gran impacto en el desarrollo de los estudios geográficos posteriores. Dicho axioma proponía que el hombre decide su *comportamiento espacial* (localización residencial, migraciones, elección de lugares de ocio...). no en función del medio geográfico real -*espacio objetivo*-, tal como se había mantenido hasta entonces, sino de la evaluación que cada cual hace de su entorno, y, por tanto, de la imagen por él moldeada (Bailly, 1979). La *imagen*, para el geógrafo, se convertirá en el filtro que se interpone entre el hombre y el medio, y su nueva preocupación será la de analizar esa imagen y comparar su isomorfismo con el mundo real.

La geografía de la percepción: génesis y marco conceptual general

A partir de finales de los años cincuenta se fue abriendo camino, dentro del ámbito de las ciencias humanas, una nueva plataforma de abordaje para los problemas sociales, al abrigo de la crisis abierta en el seno del neopositivismo vigente, hasta entonces, en la Filosofía de la Ciencia. Esta, comenzó a reconocer la especificidad de la *mente* como objeto de estudio científico y el carácter teórico y explicativo de los conceptos propositivos, intencionales e implicativos (Caparrós, 1980). Pudo abordarse, así, el estudio de una serie de constructos hipotéticos (*atención, percepción...*) que demostraron poseer una gran capacidad heurística y explicativa sobre el comportamiento espacial humano, objeto de estudio tradicional de la ciencia geográfica. En este desarrollo, dicho compor-

Dirección de las autoras: *Departamento de Psicología Social; ** Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, Básica y Metodología. Universidad de Sevilla. Avda. San Francisco Javier, s/n. 41005 Sevilla.

tamiento, caracterizado durante mucho tiempo como *homogéneo y racional*, pasó a ser considerado *heterogéneo y matizado* por las percepciones diferenciales que, de determinados aspectos geográficos, poseían los sujetos o grupos particulares. Del modelo acerca de la naturaleza humana del *hombre económico o racional*, modelo operativo de los estudios realizados hasta la fecha, se pasó al modelo de hombre de *racionalidad limitada* (Simon, 1957). Desde el primero se asumía que los individuos poseían un perfecto conocimiento de mundo -conocimiento objetivo-, y que, en base a él, actuaban racionalmente para maximizar sus ganancias; el hombre de racionalidad limitada, sin embargo, actúa dentro de una estructura de conocimiento del mundo objetivo, limitada por una serie de variables (volumen de información obtenido, capacidad de asimilación personal, sistema de creencias y valores individuales, etc.).

La primera consecuencia de la asunción de esta nueva perspectiva es la consideración de que, para obrar con racionalidad, el hombre ha de elaborar un *modelo mental* de la situación real y, en base a ese modelo, desarrollará su comportamiento (Estébanez, 1982). En este sentido, nos señala Bailly (1978, p. 19): *Entre la proyección de los estímulos del medio y nuestro comportamiento espacial, existe una serie de complejos procesos mentales. Y es el estudio de estos fenómenos, desde la percepción a la actitud, lo que constituye el objeto de la orientación que aquí tratamos.*

La mente del hombre, donde tienen lugar dichos procesos, se convierte, de esta manera, en un tema de investigación geográfica, ya que es el lugar donde se elaboran las denominadas *geografías personales*, que constituyen la última *terra incognita* que queda por descubrir (Wright, 1943). Ello provocó un creciente interés de los geógrafos por la dimensión psicológica ya que, como señala Capel (1973), para la comprensión de lo que ocurría en la mente del hombre la geografía necesitaba, evidentemente, del apoyo de la psicología. Es así como se inicia el desarrollo de un espacio común, bisagra entre dos disciplinas, que, desarrollado bajo el descriptor general de *geografía de la percepción y del comportamiento*, pronto comenzó a dar sus frutos.

La Psicología: marco estructural de la Geografía de la Percepción

Aunque en el campo de la geografía humana siempre ha estado presente el estudio acerca de las relaciones del hombre con el medio en que vive, tal vez, la aportación más sustantiva al estudio del medio ambiente desde el ámbito geográfico, se deba a la geografía de la percepción. (Estébanez, 1988).

Los estudios empíricos desarrollados dentro de esta perspectiva geográfica abordan tópicos de estudio incorporados de la psicología y se sirven de métodos y técnicas de investigación tradicionalmente utilizados por la misma. Dentro de ella se ha ido desarrollando, en los últimos años, un área ocupada especialmente del estudio de la interrelación entre el

ambiente físico y la experiencia y conducta humanas (Holahan, 1986). Nos referimos a la *psicología ambiental*, rama de la psicología que *concentra sus estudios en torno a escenarios ambientales similares a aquellos que interesan a los geógrafos* (Gold, 1980, p. 7). En este sentido creemos de interés señalar que si bien en sus orígenes, la psicología ambiental y la geografía de la percepción poseen rasgos distintivos diferenciados en tanto que la primera se articuló, fundamentalmente, en torno al estudio del medio construido y la segunda, sin embargo, lo hizo al abrigo del medio natural, lo cierto es que, en su devenir, ambas disciplinas se han desarrollado inextricablemente relacionadas. Con un espectro semántico repleto de solapaciones entre sí y aún algo confuso, los autores que se adhieren a alguna de ellas buscando una etiqueta general para sus estudios, lo hacen, a nuestro parecer, atendiendo más a su currículum académico que a una tradición investigativa diferencial que sea ampliamente asumida (véase, a este respecto, por ejemplo, el artículo del geógrafo Hart, 1987).

Buena prueba de lo expuesto, lo constituye el hecho de que muchas de las áreas de investigación desarrolladas por ambos enfoques, constituyen ámbitos comunes de actuación. La mayoría de ellas, además, se corresponden con campos de estudios tradicionales en la ciencia psicológica. Es de la psicología de donde la geografía de la percepción ha tomado sus principales técnicas de investigación así como sus elementos conceptuales básicos, no siempre incorporados con el rigor terminológico necesario. En relación con esto último, consideramos fundamental realizar dos matizaciones que, de no atenderse, pueden dar lugar -como hemos podido comprobar en la literatura revisada-, a muchos malentendidos.

La primera de dichas matizaciones se encuentra en relación con uno de los términos, a nuestro parecer poco afortunado, con el que es más conocida la orientación geográfica que tratamos, el término *behavioral*, que ha originado el uso de descriptores para la misma tales como los de *geografía conductista* (Bailly, 1978), *conductual* (Gold, 1980) o *geografía del comportamiento* (Estébanez, 1982). El término señalado se encuentra asociado en psicología -disciplina de la que se ha incorporado-, como sabemos, a un enfoque muy concreto dentro de la misma. Es por ello, por lo que consideramos sumamente necesario clarificar que los estudios desarrollados dentro del ámbito de esta orientación, se adscriben a diferentes enfoques teóricos, entre los que el *conductual* no es sino uno más. La segunda de las matizaciones que realizaremos se refiere a otro de los términos asociados clásicamente a dicha orientación geográfica, el término *percepción*, que ha originado descriptores tales como el de *percepción ambiental* (Saarinen, 1969), *geografía de la percepción* (Capel, 1973) o *percepción geográfica* (Gottmann, 1977). El término *percepción*, también incorporado del marco disciplinar de la psicología, es utilizado por los geógrafos que trabajan en esta línea, como descriptor general de toda una serie de mecanismos y procesos psicológicos que poseen una clara incidencia sobre el comportamiento espa-

cial de los grupos humanos y sobre la organización del territorio (Capel, 1973).

En base a lo expuesto, para la caracterización conceptual de las principales áreas de investigación que a continuación desarrollaremos, y en un intento por desenvolvemos con el máximo rigor terminológico, nos hemos basado en la estructuración de tópicos de estudio ofertada desde la psicología. En el nivel de especificación de los trabajos empíricos nos adecuaremos, lógicamente, a las propuestas desarrolladas desde el ámbito geográfico.

Principales áreas y temas de Investigación

Hemos aglutinado los principales trabajos desarrollados por la perspectiva que tratamos en tres grandes áreas, cuya sucesión respeta, de modo general, la génesis y evolución de los temas de estudio objeto de interés de los geógrafos preocupados por la percepción del espacio.

Antes de pasar a la exposición de las mismas, nos gustaría caracterizar brevemente, desde un punto de vista metodológico, las investigaciones que las conforman, desarrolladas, en su mayoría, en el contexto de los denominados *diseños correlacionales* o *diseños de encuesta*, entre los que han sido los de carácter multivariante los más utilizados. Para la *recogida de datos*, los geógrafos han tomado de la psicología técnicas tradicionalmente desarrolladas en diferentes ámbitos de la misma (cuestionarios, entrevistas, escalas de actitudes...), cuya incorporación ha planteado un problema previo de comunicación interdisciplinaria que comenzó a resolverse prontamente, en algunas universidades estadounidenses, mediante la colaboración de geógrafos y psicólogos (ver, por ejemplo, el estudio pionero de Sims y Saarinem, 1969 -psicólogo y geógrafo, respectivamente-; o, más recientemente, las referencias aportadas por Hart, 1987). Para el *análisis de datos*, han sido las técnicas correlacionales descriptivas las más utilizadas, especialmente las de análisis factorial y escalamiento multidimensional. Asimismo, para las respuestas que han implicado representación cartográfica de espacios, se han empleado un conjunto de procedimientos de carácter no estadístico ni estandarizado que, conocidos con el epígrafe general de *técnicas de configuración y de distorsión*, se han desarrollado específicamente, para cada estudio concreto (ver Capel, 1973).

Las tres áreas de investigación a las que aludíamos más arriba son las siguientes:

- I. Percepción de eventos naturales.
- II. Representación cognitiva del ambiente espacial.
- III. Evaluación ambiental.

A ellas nos referiremos a continuación.

I. Percepción de los eventos naturales

En la primera y única revisión importante realizada en nuestro país de los trabajos geográficos encuadrados dentro de esta orientación, Capel (1973) señalaba que, en la misma, el tipo de investigaciones mencio-

nado se inició con el estudio de la percepción del riesgo de catástrofes naturales.

A partir de la década de los treinta, varios estados norteamericanos realizaron importantes inversiones en infraestructura hidráulica al objeto de prevenir las catastróficas consecuencias de las inundaciones que el caudal irregular de sus ríos estaba provocando. Sin embargo, durante muchos años, este ambicioso programa de construcciones no logró aminorar los fatales resultados de las avenidas. En este contexto, ya en los años sesenta, algunos geógrafos estadounidenses, se interesaron por esta problemática, inaugurando con ello los estudios sobre *percepción geográfica*. Entre los pioneros, se encuentran los trabajos de White (1958) y Kates (1962) sobre la *percepción popular del riesgo de inundaciones*. Estos estudios permitieron observar cómo a medida que se desarrollaban las obras de canalización del lecho de los ríos, aumentaba la confianza de la población, que pasaba a ocupar (con campos de cultivo e, incluso, con viviendas) áreas de la cuenca fluvial consideradas antes de las obras como extremadamente peligrosas. Asimismo, Kates (1962) entrevistó a personas residentes en regiones afectadas poco antes por graves inundaciones. Muchas de ellas no creían que existiera un riesgo serio de nueva inundación, y ello, de modo ilógico, puesto que estas mismas personas admitían que se trataba de sucesos que se habían repetido en el pasado.

Las investigaciones mencionadas se ampliaron, posteriormente, al estudio de las percepciones de los sujetos sobre otra serie de fenómenos y eventos naturales (*natural hazard* en la bibliografía anglosajona). Uno de los estudios más clásicos en esta línea fueron los de Saarinem (1966; 1973), planteando el problema de la percepción y de los mecanismos humanos de ajuste a la sequía. Dicho autor, utilizando técnicas de encuesta y tests proyectivos -diseñados con imágenes inspiradas en las del Test de Apercepción Temática de Murray (1943)- observó, en los granjeros de diferentes zonas áridas, el mismo optimismo general que se traslucía en los sujetos de los estudios de White y Kates, ya mencionados. Los habitantes de estas zonas peligrosas, desde el punto de vista geográfico, poseían pues, por lo general, una visión distorsionada y optimista ante los eventos catastróficos y su estimación subjetiva del riesgo se encontraba, frecuentemente, muy alejada de los cálculos sobre optimización económica efectuados por los expertos.

Otros estudios relevantes fueron los de Rooney (1967), sobre la percepción del riesgo de nevadas en varias ciudades estadounidense o los de Mcboyle (1972), sobre estereotipos y percepción popular del clima. -Una de las últimas revisiones sobre esta temática podemos encontrarla en Fischhoff, Swenson y Slovic (1987)-.

Todos estos trabajos fueron confirmando el nuevo descubrimiento geográfico: el ambiente (en este caso los fenómenos atmosféricos estudiados), era percibido diferencialmente por individuos diferentes. Además, estas percepciones influían de manera decisiva

en los efectos catastróficos que producían tales fenómenos, ya que dichos efectos se encontraban mediatizados por los mecanismos de ajuste y la respuesta que, frente a los mismos, producían los variados modos de aprehenderlos.

II. Representación cognitiva del ambiente espacial

Las investigaciones más frecuentes en esta línea son las relacionadas con los denominados *mapas mentales* (Gould, 1971) o *representaciones topográficas* (Hart y Moore, 1973) utilizando los términos empleados por los geógrafos; o *mapas cognitivos* si atendemos a las propuestas conceptuales ofertadas desde el ámbito más estrictamente psicológico. Si bien es cierto que el autor que acuñó originariamente este constructo, utilizando el último término mencionado, fue Tolman (1946), a raíz de sus investigaciones sobre el aprendizaje de las ratas, el primer antecedente conocido de dicho concepto fue ofertado a primeros de siglo por Towbridge (1913). Este geógrafo estudió las representaciones cognitivas de espacios a gran escala, suponiendo que los individuos poseían imágenes mentales simplificadas de la realidad física (*mapas imaginarios* los denominó él). Dichas imágenes, según el autor mencionado, eran las que les permitían a aquellos realizar la tarea de fijar las direcciones existentes entre varias ciudades americanas y europeas, que les era solicitada en su investigación.

Quizá la definición sobre este constructo más completa y utilizada por la mayoría de los autores sea, precisamente, la propuesta por dos geógrafos, Downs y Stea (1973, p. 14): *El mapa cognitivo es un constructo que abarca aquellos procesos que hacen posible a la gente adquirir, codificar, almacenar, recordar y manipular la información acerca de la naturaleza de su ambiente espacial.*

Desde el marco geográfico, el principal interés de los investigadores ha sido analizar cómo, a partir de la experiencia diaria con el entorno y dependiendo de las características físicas del mismo, los individuos van construyendo una serie de esquemas de localización que constituyen un componente esencial en los procesos adaptativos de la toma de decisiones espaciales (cambio de residencia, elección de lugares de ocio, de compras...).

A la hora de explicar la formación de estos mapas, los geógrafos no se han fijado tanto en los procesos mentales -tal como han hecho los psicólogos ambientales que han trabajado en este área- como en los comportamientos espaciales, sobre los que han hecho recaer el principal protagonismo en la formación y desarrollo de los mismos. Así Goodey (1971) propone que son dos los tipos de fuentes que influyen en el desarrollo de la *imagen* mental de la ciudad: las *primarias*, derivadas de la experiencia directa con el ambiente, es decir, del resultado de los comportamientos espaciales -lugares visitados los denomina él (lugar de trabajo, de ocio, residencia...)-; y las *secundarias* (mass-medias y comunicaciones inter-personales).

Otros geógrafos, posteriormente, han seguido modelos funcionales del desarrollo de las imágenes am-

bientales muy similares a la de Goodey (Pockock y Hudson, 1978 y Bailly, 1979 entre otros). -Una reciente revisión del marco general de la cognición ambiental podemos encontrarla en Golledge (1987)-.

El procedimiento más habitual para la recogida de datos en estos estudios ha sido la denominada *cartografía cognitiva* (Golledge, 1976). Utilizada por primera vez por Lynch (1960), esta técnica permite conocer cómo representa cada individuo su ambiente global, al pedir a los sujetos que dibujen un mapa o esquema del mismo. Otras técnicas utilizadas han sido las *listas de libre recuerdo*, *estimación de distancias*, etc...

Una de las carencias que se han señalado a estos estudios, es que la dimensión *afectiva* o *evaluativa* de las transacciones hombre-entorno, se encuentra prácticamente ausente de la reconstrucción que de la percepción del medio por los sujetos realiza el investigador. Esto, sin embargo, no ocurre en la realidad que se desarrolla, como sabemos, de una manera más global. Será un geógrafo, Gould (1973), quien incorpore esta dimensión a la investigación ambiental en el área, al considerar que la *evaluación* constituye un atributo fundamental en la formación de los mapas cognitivos. Para este autor, los mapas mentales consisten en las representaciones cartográficas de la evaluación de las preferencias de la gente por los lugares. El objeto de estudio de sus investigaciones es, pues, el de determinar el grado de estimabilidad que las personas tienen por las distintas partes de un espacio determinado. La asignación de valores a cada una de dichas partes, tarea que se les pide a los sujetos que realicen, da lugar a la aparición de áreas de alta estimabilidad o que son objeto de una consideración especial, de áreas débilmente valoradas o indiferentes y de áreas con una valoración negativa.

El reconocimiento de estas áreas, ha sido objeto de varios trabajos geográficos, entre los que se encuentra un estudio realizado entre estudiantes de primer ciclo de la especialidad de Geografía e Historia de las universidades españolas (Estébanez, 1982) que, a pesar de la endeblez de la muestra utilizada, constituye uno de los pocos trabajos empíricos desarrollados en nuestro país desde la orientación geográfica que aquí tratamos.

A partir de la publicación, en 1973, de la investigación de Gould sobre los mapas mentales, los estudios sobre evaluación y preferencia ambiental adquirieron una gran importancia en los trabajos sobre la percepción del medio geográfico. A ellos nos referiremos a continuación.

III. Evaluación ambiental

Craik (1968), en una de las obras pioneras sobre la evaluación de ambientes, diferenciaba, dentro de este área, tres estrategias diferentes, aunque complementarias, de actuación en relación con los procesos psicológicos. Distinguía así entre *evaluación descriptiva*, en la que el investigador solicita a los individuos que definan las características de los diferentes tipos de ambientes a los que se encuentran expuestos; la *evaluación valorativa*, destinada a establecer la significación que para los sujetos poseen los ambientes

evaluados; y la *evaluación predictiva*, interesada en establecer diagnósticos previos sobre la incidencia o impacto que tendrían determinados ambientes o facetas ambientales sobre sus usuarios.

La geografía de la percepción, aunque se ha ocupado de todas las estrategias, ha desarrollado, fundamentalmente, las dos primeras mencionadas. Así, por ejemplo, Capel (1973), en su recopilación sobre los trabajos en esta línea, diferencia lo que él denomina *evaluación de recursos*, relacionada más estrechamente con la evaluación de tipo descriptivo de Craik, del epígrafe titulado *actitudes ante el medio* que, según desarrolla, podría encuadrarse más adecuadamente dentro del capítulo de *evaluación valorativa* presentado más arriba.

Los estudios desarrollados en torno al tópico de evaluación de recursos se han preocupado, fundamentalmente, por analizar las diferencias que existen en la percepción de los recursos naturales de un determinado territorio, por parte de los individuos que los habitan. Ello, tanto en lo que se refiere a las modificaciones temporales habidas en un mismo grupo de individuos, cuanto a la existencia de diferentes apreciaciones efectuadas por varios grupos humanos de los recursos existentes en un mismo medio.

Las investigaciones encuadradas dentro del epígrafe general de *actitudes ante el medio*, se han centrado en el análisis de como los individuos valoran, prefieren y/o atribuyen un significado específico a un entorno dado. Un importante grupo de trabajos dentro de este capítulo, se ha centrado en torno al estudio de las opiniones de determinados grupos humanos ante diferentes dimensiones o problemas ambientales específicos, con vista a determinar la influencia de las mismas en la toma de decisiones institucionales, o a ofertar una información útil que permita mejorar los procesos de planificación, así como asegurar algún grado de participación pública en los mismos -ver, a este respecto, la obra de Zube (1980)-.

Otro importante grupo de estudios ha tomado como principal objeto de análisis las variables que inciden en las preferencias que los individuos manifiestan por diferentes ambientes (urbanos y/o naturales) y a distintas escalas (barrio, ciudad, espacios libres, parques naturales,...), constituyendo los últimos mencionados, los tipos de ambientes más estudiados en los últimos años (Capel y Urteaga, 1982).

Por último, un tercer grupo de trabajos desarrollado en torno al capítulo de actitudes ante el medio que tratamos, ha partido de la conceptualización estructural de que uno de los modos que caracteriza la experiencia del ambiente, es la vivencia del mismo como un *territorio emocional* (Ittelson y col., 1976) que genera la aparición de afectos de uno u otro signo y, con ello, una sensación de bienestar o displacer-tensión, propiciadora esta última de numerosos desajustes en las transacciones hombre-entorno.

Un buen número de investigaciones se han centrado, en la línea expuesta, en torno al estudio de los parámetros o dimensiones ambientales que influyen en la *actitud* que los individuos desarrollan frente al medio. Quizá, el capítulo más relevante de los traba-

jos en dicha línea, haya sido aportado por geógrafos de corte humanista y/o fenomenológico, entre los que destaca la figura del japonés Yi Fu Tuan. Este autor, apoyándose muy directamente en la teoría de Piaget, examinó de un modo sistemático el devenir del *espacio a lugar* (Tuan, 1977). estableciendo un axioma básico para todos los estudios realizados desde esta perspectiva: *el espacio se transforma en lugar cuando adquiere definición y significación* (op. cit., p. 136), siendo las características del lugar y cómo las entendamos en nuestra existencia, las que expliquen nuestra actitud hacia el mismo. De esta manera, se han descrito varios vínculos afectivos entre el hombre y su medio: la *topofilia*, que se da cuando el vínculo es positivo, nuestra experiencia placentera, y nos sentimos identificados con el lugar. La *topofobia*, por el contrario, será un sentimiento de aversión, de desagrado o incomodidad. Entre la topofilia y la *topofobia* se encuentra la *toponegligencia* que es la tendencia a la *deslugaridad* (Relph, 1976), a perder el sentido del lugar y no sentirse unido a él.

Los trabajos sobre el tema se han dedicado a fijar posibles paisajes *topofílicos* o *topofóbicos* específicos y a indicar sus relaciones con el medio social o cultural en que se inscriben. Una vez que se han identificado qué tipos de paisajes se asocian a sensaciones placenteras o displacenteras, relatan sus atributos, cómo se entienden, y a qué puede deberse esta comprensión en cada caso (ver, por ejemplo, Tuan, 1974).

Una conclusión estimulante

El panorama que acabamos de exponer produce, a nuestro juicio, la impresión de una reflexión dinámica y original pero carente aún de un cuerpo de conocimientos suficientemente coherente e integrado.

Los investigadores han tomado, como hemos tenido ocasión de comprobar, tópicos y técnicas de investigación de diversas ramas de la psicología y de la propia geografía. La geografía de la percepción demuestra así, un carácter interdisciplinar y multivariable que va desarrollando en sus estudios presididos, al mismo tiempo, por parámetros físicos, psicológicos y sociales.

Este tipo de aproximación *integral* a los problemas espaciales o medioambientales exige, no obstante, la búsqueda de fórmulas que permitan una información, además de *integral*, *integrada* que pueda afrontar con mayores garantías de éxito, el reto que, cada vez con mayor fuerza, tienen planteadas todas aquellas disciplinas que, como la geografía, se encuentran preocupadas por la planificación y organización del espacio: maximizar la satisfacción de las necesidades de los individuos que lo habitan. Es éste un objetivo que la trasciende y la aproxima, ampliándola, a otros ámbitos científicos.

Las ciencias avanzadas muchas veces por los bordes, por las líneas de contacto entre diferentes disciplinas, como consecuencia de la estimulación que resulta del intercambio de métodos y perspectivas. Es por ello que creemos que la geografía y la psicología,

enriquecidas mutuamente por la orientación que aquí se ha desarrollado, habrán de desempeñar, en la superación del reto mencionado, un papel de primera importancia.

Referencias

- BAILLY, A.S. (1978). *La percepción del espacio urbano*. Madrid: Instituto de Estudios y Administración Territorial, 1979.
- CAPARROS, A. (1980). *Los paradigmas en Psicología*. Barcelona: Horsori, 1985.
- CAPEL, H. (1973). Percepción del medio y comportamiento geográfico. *Revista de geografía* (Barcelona), vol. 2 (1), 59-150.
- CAPEL, H. y URTEAGA, L. (1982). *Las nuevas geografías*. Madrid: Salvat.
- CLAVAL, P. (1974). La géographie et la perception de l'espace. *L'Espace Géographique*, 3, 179-186.
- CRAIK, K.M. (1968). The Comprehension of Every Day Physical Environment. *Journal of the American Institute of Planners*, 29-37, 34.
- DOWNS, R.M. y STEA, D. (1973). Cognitive maps and spatial behavior: process and products. En R.M. Downs y D. Stea (Eds.). *Image and environment cognitive mapping and spatial behavior*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- ESTEBANEZ, J. (1982). *Tendencias y problemática actual de la Geografía*. Madrid: Cincel, 1988.
- ESTEBANEZ, J. (1988). La Geografía humana en el estudio interdisciplinario del medio ambiente. En J.I. Aragonés y J.A. Corraliza (coords.). *Comportamiento y medio ambiente. La Psicología Ambiental en España*. Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Política Territorial.
- FISCHHOFF, B.; SUENSON, O. Y SLOVIC, P. (1987). Active Responses to Environmental Hazards: Perceptions and Decision Making. En D. Stokols y I. Altman. *Handbook of Environmental Psychology*. Nueva York: Wiley, 1089-1135.
- GOLLEDGE, R. G. (1976). Methods and methodological issues in environmental cognition research. En G.T. Moore y R. Golledge (eds.). *Environmental Knowing: theories, research and method*. Stroudsburg: Hutchinson & Ross.
- GOLLEDGE, R. G. (1987). Environmental Cognition. En D. Stokols y I. Altman. *Handbook of Environmental Psychology*. Nueva York: Wiley, 131-175.
- GOLD, J. (1980). *An Introduction to Behavioral Geography*. Oxford: University Press.
- GOODEY, B. (1971). Perception of Environment: An Introduction to the Literature. *Ocasional Paper*, nº 17. Birmingham: Center of Urban and regional Studies.
- GOTTMANN, J. (1977). Geography. En A. Bullock y O. Stallybrass (eds.). *The Fontana Dictionary of Modern Thought*. London: Fontana, 1-260.
- GOULD, P. R. (1973). On mental maps. En R. Downs y D. Stea (eds.). *Image and environment. Cognitive mapping and spatial behavior*. Chicago: Aldine.
- HART, R. A. (1978). Environmental Psychology or behavioural geography? Either way it was a good start. *Journal of Environmental Psychology*, vol. 7 (4), 321-329.
- HART, R. A. y MOORE, G. T. (1973). The development of spatial cognition: a review. En R.M. Downs y D. Stea (eds.). *Image and Environment cognitive mapping and spatial behavior*. Chicago: Aldine.
- HOLAHAN, CH. J. (1986). Environmental Psychology. *Annual Review of Psychology*, 37, 381-407.
- ITTELSON, W.H.; FRANCK, K.A. y L'HANLOW, T.J. (1976). The nature of environmental experience. En S. Wapner, S.B. Cohen y B. Kaplan. *Experiencing the Environment*. Nueva York: Plenum, 187-206.
- KATES, R.W. (1962). *Hazard and Choice Perception in Flood Plain Management*. Chicago: University of Chicago Press.
- LYNCH, K. A. (1960). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1966.
- MCBOYLE, G. R. (1972). Perception of urban climate. Comunicación presentada al XXII Congreso Internacional Geográfico. Canadá: University of Toronto Press, vol. I, 162-164.
- MURRAY, H. A. (1943). *Thematic Apperception Test*. Cambridge Mass.: Harvard University Press.
- POCOCK, D. y HUDSON, R. (1978). *Images of the urban environment*. Nueva York, Columbia: University Press.
- RELPH, E. (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- ROONEY, J.F. (1967). The urban snow hazard in the United States: an appraisal of disruption. *The Geographical Review*, vol. 57, 538-559.
- SAARINEM, T. F. (1966). Perception of Drought Hazard on the Great Plains. *Research Paper*, 106. Chicago: Departamento de geografía, Universidad de Chicago.
- SAARINEM, T. F. (1969). Perception of the Environment. *Resource Paper*, 5. Washington, D. C.: Association of American Geographers.
- SAARINEM, T. F. (1973). The Use of Projective Techniques in Geography Research. En W. H. Ittelson (ed.) *Environment and Cognition*. Nueva York: Seminar press, 29-52.
- SIMON, H. (1957). Models of man: *Social and Rational*. Nueva York: Wiley.
- SIMS, J. y SAARINEM, T.F. (1969). Coping with environmental threat: Great Plains farmers and the sudden storm. *Annals of the Association of American Geographers*. Vol. 59, 667-686.
- TOLMAN, E.C. (1948). Cognitive maps in rats and men. *Psychological Review*, 55, 189-208.
- TOWBRIDGE, C. (1913). On fundamental methods of orientating and imaginary maps. *Science*, 38, 888-897.
- TUAN, Y.F. (1974) *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. Nueva York: Prentice Hall.
- TUAN, Y.F. (1977). *Space and Place. The Perspective of Experience*. Londres: Arnold.
- WHITE, G.F. (1958). Changes in urban occupancy of flood plains in the United States. *University of Geography Research*, 57.
- WRIGHT, J.K. (1947). Terrae Incognitae: The place of Imagination in Geography. *Annals of Association of American Geographers*, vol. 37, 4-15.
- ZUBE, E. H. (1980) *Environmental Evaluation: Perception and Public policy*. Cambridge University Press, 1984.